

Mi puerta temblaba al soplo del viento. Dos ó tres veces me pareció que se abría, volviéndose á cerrar por sí misma, y que oía gritos ahogados y sollozos humanos entre los silbidos de la borrasca. Una vez hasta creí haber oído resonar varias palabras y pronunciar mi nombre por una voz agonizante que me pedía socorro. Me incorporé en la cama, pero no oyendo nada, me figuré que la tempestad, la fiebre y los sueños me absorbían en sus ilusiones, y volví á caer en mi letargo.

Por la mañana, la tempestad había desaparecido enteramente, y hacía un sol de los mas resplandecientes; pero me desperté por unos gemidos verdaderos y por los gritos de desesperación del pobre pescador y de su mujer que se lamentaban en el umbral de la puerta de Graziella. La jóven se había fugado aquella noche. Antes de marcharse había despertado á los niños para besarlos, haciéndoles señas de que se callaran: sobre su cama estaban sus mejores trajes, sus collares y pendientes y el poco dinero que poseía.

El abuelo tenía en la mano un pedazo de papel manchado con algunas gotas de agua, que habían encontrado prendido con un alfiler en la cama. Este papel contenía cinco ó seis líneas que me suplicaban que leyera: le tomé en mis manos y trémulo en el acceso de la fiebre leí las siguientes palabras:

« No puedo cumplir lo prometido..... es imposible..... Me arrojo á los pies de todos... perdonadme... Prefiero hacerme religiosa. Consolad á Cecco y al caballero... yo rogaré á Dios por él y por mi hermanito, á quien daréis todo cuanto poseo... Devolved el anillo á Cecco... »

A la lectura de estas líneas toda la familia soltó de nuevo un torrente de lágrimas. Los niños, desnudos todavía, oyendo que su hermana se había marchado para siempre, mezclaban sus gritos con los gemidos de sus abuelos y corrían por toda la casa llamando á voces á Graziella.

El papel se cayó de mis manos, y al bajarme á cojerle vi en el suelo junto á mi puerta una flor de granado que había yo celebrado mucho el último domingo en los cabellos de la jóven, y la medallita de devoción que ella llevaba siempre en su seno, y que algunos meses ántes había prendido en las colgaduras de mi cama, cuando mi enfermedad. Entonces me convencí de que mi puerta se había abierto y cerrado en efecto durante la noche, y que las palabras y ahogados sollozos que había creído oír y que había tomado por murmullos del viento, habían sido la despedida y los sollozos de la pobre Graziella. Un sitio que estaba seco en el umbral exterior de la entrada de mi cuarto, en medio de las señales de lluvia que humedecían todo lo demás de la azotea, atestigüaba que la jóven se había sentado allí durante la borrasca, y había pasado su última hora quejándose y llorando, tendida ó arrodillada sobre aquella piedra. Recojí la flor de granado y la medalla y las oculté en mi seno.

Aquellas pobres gentes, aun en medio de su desesperación, se hallaban entermeceados viendo que lloraba como ellos. Hice cuanto pude para consolarlos, decidiéndose que si su hija parecía, jamás volverían á hablarla de Cecco. El mismo Cecco que Peppino fué á buscar, fué el primero en sacrificarse por la paz de la casa, y por la vuelta de su prima. Por grande que fuese su pena, se conocía que se consideraba muy dichoso porque su nombre estaba escrito con ternura en aquel billete, hallando una especie de consuelo en la misma despedida que le sumerjía en el dolor mas profundo.

— Graziella se ha acordado de mí! decía enjugándose los ojos. Al instante convinimos todos en que no perdería-

mos un instante para ponernos en busca de la fugitiva.

El viejo pescador y Cecco salieron inmediatamente para informarse en los innumerables conventos de monjas de la ciudad. Beppo y la abuela corrieron á casa de todas las amigas de Graziella que, á su juicio, podían haber recibido algunas confidencias de sus pensamientos y de su fuga. Yo, como extranjero, me encargué de visitar los muelles, los puertos de Nápoles y las puertas de la ciudad para preguntar á los guardas, á los capitanes de buques y á los marineros, á fin de descubrir si alguno de ellos había visto á una jóven proclama salir de la ciudad para embarcarse.

Pasamos la mañana entera en investigaciones vanas, volviéndonos tristes y silenciosos á casa para contarnos mutuamente lo que habíamos hecho y para consultarnos de nuevo. Nadie, excepto los niños, tuvo fuerzas para llevarse un pedazo de pan á la boca. Andrés y su mujer se sentaron desanimados en el umbral del cuarto de Graziella, y Peppino y Cecco fueron á dar una vuelta sin esperanza por las calles y por las iglesias, que se abren por la noche en Nápoles para el rosario.

Yo salí solo detrás de ellos y tomé tristemente y al acaso el camino que conduce á la gruta del Paussilipo; entré en la gruta y llegué hasta las orillas de la mar que baña el islote de Nisida.

Desde allí mis ojos se dirigieron á Prócida, que blanquea como una concha de tortuga sobre el azul de las olas. Mi pensamiento me llevó naturalmente á aquella isla y á aquellos días de fiesta que había pasado en ella con Graziella. Una inspiración secreta me guiaba. Me acordé de que la jóven tenía allí una amiga de su misma edad, hija de un pobre habitante de las chozas vecinas, la cual gastaba un traje particular que no era el de sus compañeras. Un día que la pregunté los motivos de aquella diferencia en el vestido, me respondió que era religiosa, á pesar de que vivía libre en casa de sus parientes en una especie de estado intermedio entre el claustro y la vida de familia. También me enseñó la iglesia de su monasterio, habiendo muchas como aquella en la isla, en Ischia y en las aldeas de la campiña de Nápoles.

Al punto me ocurrió la idea que Graziella, queriendo consagrarse al Señor, se habría ido quizá á buscar á aquella amiga para suplicarla que le abriese las puertas de su monasterio. Inmediatamente me dirigí á grandes pasos al camino de Puzzolles, que es el punto mas cerca de Prócida donde se encuentran barcas.

Llegué á Puzzolles en ménos de una hora; corrí al puerto, y pagué bien á dos remeros para determinarlos á que me llevasen á Prócida, á pesar de que el mar estaba fuerte, y empezaba á caer la noche. En efecto, echaron la barca al agua, yo me apoderé de un par de remos, y doblamos con mucho trabajo el cabo Misena, pero dos horas después llegamos á la isla, y agitado y trémulo, en medio de las tinieblas y de las ráfagas de un viento de invierno, subí los escalones de la larga cuesta que conducía á la cabaña de Andrés.

— Si Graziella está en la isla, decía yo para mí, habrá venido aquí primeramente, por el instinto natural que conduce al pájaro á su nido, y á la criatura hácia la casa de su padre. A pesar de que ya no esté aquí, conoceré sus huellas, y quizá estas huellas me ayudarán á descubrir su paradero. Si no hay nada, es señal de que todo está perdido: su juventud estará encerrada para siempre en un sepulcro vivo.

Agitado con esta duda terrible, llegué al último escalon.

Sabia la grieta de la roca en donde la abuela había ocultado al marcharse la llave de la casa: separé la yedra y metí la mano; mis dedos buscaban á tientas la llave, crispados con el miedo de sentir el frío del hierro que no me habría dejado la menor esperanza...

EL RELOJERO DE PAIMPOL.

Paimpol es una ciudad del departamento de las costas del Norte, poco mas grande que la mitad de una calle de París, pero su puerto la da cierta importancia, y en efecto, tuvo mucha durante las guerras del Imperio, en las cuales sirvió

de punto de descanso á los corsarios bretones. Entonces se veían allí cincuenta tabernas y tres relojerías, dos clases de establecimientos que los corsarios necesitaban. El último grumete se reservaba siempre una parte del botín para comprar un reloj de bolsillo con muchos sellos, que aun sin darle cuerda nunca, se le colgaba al cuello con coquetería por medio de un cordoncito embreado. Desgraciadamente la paz arruinó la industria de los relojeros de Paimpol. Algun tiempo despues, las paradas de los barcos costeros, que en los primeros años de la Restauración fueron bastante frecuentes por la actividad momentánea del comercio, les ayudaron á vivir un poco; pero este recurso se fué disminuyendo, hasta que llegó á faltaries completamente.



Teresa.

Entre aquellos que mas padecieron en el desastre, se hallaba un jóven llamado Pedro, que se puso á aprender el oficio en una época en que esta industria prosperaba; pero á medida que iba creciendo en edad sus esperanzas fueron disminuyendo. Por fin, el patron en cuya casa trabajaba le declaró un día que ya no tenía trabajo que darle y Pedro se halló en medio de la calle sin empleo y sin recursos.

La necesidad de dejar el pais y de ir á buscar la vida á otra parte, era sumamente penosa para Pedro; pero lo que

la hacía insoportable, era el pensamiento de separarse de Teresa con la cual había crecido y á quien amaba desde su primera comunión. Teresa era una jóven costurera de Paimpol que trabajaba doce horas diarias á la ventana, al lado de un tiesto desportillado donde había plantado unos hermosos aletres; que se confesaba regularmente todos los meses, y cuya dulce voz no entonaba jamas sino cantos melancólicos ó copillias piadosas. La jóven vivía con su madre que ganaba escasamente su vida ejerciendo el oficio de

aguadora y de lavandera. Todas las tardes Pedro tenía un rato de conversación con la madre y la hija, y el domingo, cuando hacía buen tiempo, las llevaba después de vespersas al campo a cojer moras ó avellanas. En el invierno las leía en alta voz la *Guía del Cristiano*. De este modo llevaban una vida pura, risueña, sin cuidados y sin impaciencia; una vida de fe y de amor como se ven todavía descritas en los libros, pero como por lo regular no se hallan en el mundo.

Ambos jóvenes sabían que mas adelante deberían casarse, aunque jamase hubiesen dicho una palabra con respecto á esto. Era una de esas promesas tácitas que se contraen por hábito mas que por palabra, pero que no por eso son menos sagradas. Así cuando Pedro fué á decir á Teresa que le había despedido su amo, la pobre joven se quedó estupefacta. Durante algun tiempo, ninguno de los dos hizo mas que llorar, sin poderse borrar del pensamiento la idea de que debían separarse muy en breve. Con la indolencia propia de todos los caracteres débiles que prefieren el sufrimiento á la acción, ambos permanecieron bajo la corona de espinas, pensando en las heridas que les hacía en la frente y no en los medios que había para libertarse de ella. Por fortuna la madre de Teresa era una mujer práctica que había puesto su corazón al abrigo bajo la égida de la sensatez y que no se desesperaba sino al último extremo. Después de haber dejado llorar algun tiempo á los dos jóvenes, tomó la palabra en medio de sus quejas, para advertirlos que era necesario tomar una resolución cualquiera. Por último, al cabo de muchos debates y proyectos, se decidió que Pedro marcharía al instante en busca de trabajo, y que volvería en cuanto hubiese ganado lo bastante para poder casarse, juzgándose que se necesitaban tres años para llegar á este resultado.

Dos días después de esta resolución, el relojero tomó efectivamente el camino de Rennes. Muchas lágrimas se vertieron en el momento de la separación. Sin embargo, la tristeza de los dos jóvenes conservó alguna cosa de sereno; al separarse guardaban en su corazón una savia de esperanza que debía alimentarlos. Teresa, confiaba en Dios, y Pedro en su valor; ambos estaban seguros de que pronto volverían á verse.

Pero Pedro no fué muy dichoso; recorrió una parte de la Francia, sin hallar mas que colocaciones momentáneas. Tres años transcurrieron sin que pudiesen pensar en volver á Bretaña, hasta que al cabo, después de una serie de acontecimientos que sería inútil enumerar aquí, pasó á Irlanda, llegó á Dublin con un inglés á quien había conocido en el camino, y entró en casa de un relojero llamado Smith, bajo muy buenas condiciones.

Smith era un hombre de unos cincuenta años, de un esterior frío, avaro de movimientos y de palabras. En su juventud había sido obrero y había padecido mucho, lo que le hizo contraer una impasibilidad de bronce bajo la cual ocultaba sus sentimientos. Su alma dolorida se había replegado sobre sí misma y no se mostraba ya sino en raras ocasiones. Smith pasaba generalmente por severo y extraño, pero su reputación de probidad se hallaba muy bien asegurada. Por recompensa de esta probidad y de una laboriosa economía, poseía una fortuna bastante considerable. Hacia algunos años que había quedado viudo y vivía con su hija única, miss Fanny.

Pedro se acostumbró luego al sosegado interior del relojero irlandés, porque el joven tenía una naturaleza buena y sencilla que con poco se contentaba. Smith que hasta entonces no había tenido mas que obreros borrachos ó groseros, tomó cariño al joven francés, cuya silenciosa asiduidad

y timidez le gustaron mucho. Una enfermedad bastante grave que padeció, durante la cual le prodigó Pedro las muestras mas evidentes de una solícita gratitud, acabó de ponerle bien en su concepto; en una palabra, el joven breton acabó por adquirir en aquella casa la posición de socio, y no la de un obrero.

Una sola cosa se presentaba como obstáculo en las relaciones que existían entre la familia Smith y Pedro, y era la dificultad para entenderse. El breton no podía explicarse en inglés, y su timidez aumentaba mas y mas los apuros en que se encontraba cuando quería hablar. De aquí había resultado un hábito de silencio casi continuo en toda la casa. Pedro, Smith y su hija se hablaban frecuentemente por medio de ademanes ó de miradas y este modo tan singular de comunicarse sus pensamientos, aun dándoles una forma mas vaga, les hacía mas expresivos y afectuosos. Pedro se había acostumbrado á las cariñosas formas de miss Fanny, sin ver en ellas otra cosa que una especie de telegrafía necesaria por la diferencia de las lenguas. Cuando sentada en el mostrador, con su rubia cabeza apoyada en su brazo desnudo, Fanny se olvidaba de apartar sus ojos del joven obrero, Pedro no veía en esta figura meditabunda, sino una atención amistosa; y cuando le pedía algo con un ademán, pronunciando su nombre con el acento musical y profundo que una voz de mujer no sabe sacar sino á un solo nombre entre todos, Pedro no veía en ese sino la expresión de una benevolencia que quería aminorar el mando á fuerza de dulzura. Por otra parte, durante mucho tiempo experimentó al lado de miss Fanny una especie de respetuoso temor del cual no podían sacarle todas aquellas señales bondadosas. Miss Fanny que adivinó su timidez siguió siempre hacia adelante, hasta que concluyó por alentarle para que viviera con respecto á ella bajo un pie de igualdad perfecta.

Establécese pues entre ambos jóvenes una intimidad tierna, que se transformó bien luego en la joven en un amor secreto. Pedro notó que se ponía triste sin adivinar la causa de esta tristeza. Dos ó tres veces creyó conocer algo, pero al instante alejó de sí esta sospecha sonrojándose, como una sugestión del orgullo. Sin embargo, un día compadecido profundamente de miss Fanny, cuyo dolor había aumentado hacia algun tiempo, se atrevió á preguntarla lo que tenía. La joven sin responderle se desbizo en lágrimas y se fué á la trastienda. Pedro la siguió y la halló de rodillas delante de una silla, con el rostro oculto en sus manos y sollozando amargamente. Trémulo y confuso, se acercó á ella llamándola, quiso separarla sus manos, y le repitió mil tiernos nombres que le inspiraba la piedad en aquellos momentos: — Confiadme vuestra pena, la dijo; ¿no sabéis que os amo? — ¡Me amais! exclamó Fanny lanzando un grito de alegría...

Y al decir esto dejó caer su frente sobre el hombro del joven: acababa de tomar por una declaración de amor lo que no había sido mas que una expresión de amistad fraternal.

Pedro quedó comprometido sin quererlo, y sin haberlo previsto. La emoción, la sorpresa, la timidez, la dificultad para explicarse, le quitaron toda su presencia de ánimo. Smith entró en aquel momento, su hija se arrojó á sus brazos, y el padre que comprendió lo que había pasado, tendiendo las manos al joven obrero, que permanecía con los ojos fijos en una angustia mortal, le dijo sonriéndose:

— Al cabo habeis hablado! Está bien, hijos míos: cuando será la boda?

Pedro balbuceó algunas palabras entrecortadas; Smith creyó que aquello sería efecto de la alegría, y por eso no le dió cuidado: el joven breton se retiró desesperado.

Durante algunos días se creyó el juguete de un sueño, pero entretanto todo se iba preparando para la boda. Fanny pasaba los días cantando, y Pedro conociendo que le era imposible ya retroceder, hubo de resignarse. Pedro era mas tímido cada día, y como la mayor parte de los hombres, era incapaz de protestar contra los hechos consumados. Además, quién sabe si la especie de violencia que se le hacía, no despertaba en él alguna sensación que le alentaba? Quizá contra su voluntad, se iba acostumbrando á la idea de adquirir una posición independiente y desahogada. Y después la dulce figura de miss Fanny pasaba por el fondo de esos vagos cuadros de bienestar, con su hermosa fisonomía, con sus largos rizos de cabellos rubios y su sonrisa cariñosa; la figura de miss Fanny tan buena, tan encantadora, que le quería tanto, y que era una señora. Como no había de abandonarse por instantes á tan consoladores pensamientos? Como no había de resignarse á dormir en ese nido de amor tan dulce y abrigado?

Sin embargo, Pedro no se complacía largo tiempo en estos sueños dichosos. Su conciencia le advertía que en el fondo de aquella supuesta resignación se encerraba una cobardía. Desde que debía casarse con Fanny no podía borrar en su mente la imagen de Teresa: veíala sentada á su estrecha ventana, al lado de sus aletas trabajando con gozo mientras él volvía, y este recuerdo le hacía caer lágrimas de los ojos. Una circunstancia vulgar en apariencia, la muerte de una joven que habitaba cerca de la casa de Smith y que se ahogó porque su prometido la había abandonado, le conmovió profundamente. Todos sus recuerdos de infancia se reanimaron al mismo tiempo para acusarle, hasta que se puso enfermo de tristeza. Smith creyó que esto era natural en la impaciencia que tienen los amantes, y apresuró los preparativos de la boda, pero la dolorosa preocupación del joven obrero no hizo mas que aumentarse. Las veces que le hablaban de Paimpol, de Teresa y de sus promesas se dejaban oír cada vez mas amenazadoras; su pena se cambió en una desesperación de todos los instantes. Veíase infame sobre la tierra y condenado en el cielo por haber engañado á su compaña de infancia. Por último, una noche, que estaba acostado en su guardilla, y que devorado por la fiebre había logrado un poco de reposo, el toque de una campana le despertó: aplica el oído... Oh maravilla!... Es el sonido fresco y lejano de las campanas de Paimpol! El mismo sonido que se oía el día de su primera comunión, el día en que vio á Teresa por la primera vez! Pero ahora esas campanas no resuenan tan alegremente como entonces; tocan á agonía!... Pedro fuera de sí, se incorpora en su cama; se pone á escuchar; el ruido de las campanas se aleja, se pierde en el espacio; hay una pausa... De repente, en medio de la noche, se oye una voz quejumbrosa y conocida; es la misma que tantas veces oyó por la tarde á una ventana de la calle de la Iglesia, que entona el cántico de la *Desposada* tan célebre en la comarca de Fréguier:

« Madre mía, dime porqué hablan callandito en casa; madre mía, dime porqué están de luto los criados; dime porqué tienes los ojos encarnados? »

« — Hijo mío, hablan callandito, porque estás malo; el color negro es bueno para todo el mundo; tengo los ojos encarnados porque he llorado por ti. »

Pedro escuchaba fascinado, perdido en su vision. Pare-

ciala que se hallaba en Paimpol, que acababa de cojer un ramillete de flores á las orillas del mar, y que oía á Teresa cantar á la ventana. Por una costumbre maquina é involuntaria, por recuerdo, se puso á cantar á media voz la copia siguiente de la canción:

« Madre mía, dime porqué me duele tanto el corazón; dime porqué ladran los perros dando ahullidos; dime porqué el sol en el cielo se parece al rostro de una viuda? »

(Se concluirá.)

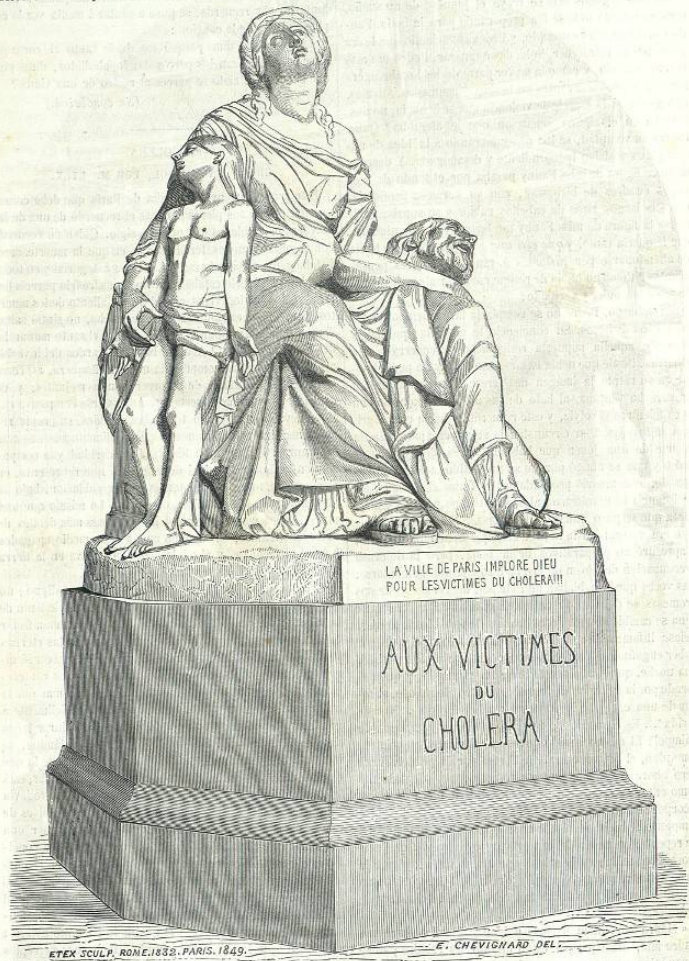
EL COLERA.

GRUPO EN MARMOL, POR M. ETEX.

Este grupo pertenece á la villa de Paris que debe consagrar en una de sus plazas públicas el recuerdo de una de las mayores calamidades de nuestro siglo. Quien no recuerda con angustia aquellos terribles días en que la muerte arrebató gente á todas horas en todas las categorías y en todas las edades! El cielo estaba sombrío; un aire frío parecía helar el rostro de los vivos con el último aliento de los muertos. Qué alma, en aquella funesta prueba, no sintió saltar dentro de sí, mas abundante y poderoso el santo manantial del amor al prójimo? Abatido bajo los dardos del invisible azote, cada hombre comprendía mejor su flaqueza, así como la necesidad de amar, de socorrer á sus semejantes, y de confiarse al supremo Libertador. Además esa compasiva caridad llevaba en sí, como todas las virtudes, su propia recompensa, sosteniendo nuestro valor y alimentando nuestras esperanzas. El artista ha idealizado la caridad y la compasión en la figura principal de su grupo, que representa, en cierto modo, todos los habitantes de la población, bajo la personificación de la Villa de Paris. Lo mismo que una madre, rodea con sus brazos á los dos seres mas débiles de entre las víctimas, el anciano cuyos ojos medio apagados buscan el cielo ya, y el adolescente que clava en la tierra una última mirada de sentimiento.

El dolor en la figura de la Villa es sencillo y digno; no altera en nada la belleza de las líneas: un movimiento de la cabeza y del cuello ha bastado al artista para manifestar la idea moral en las proporciones que requieren las eternas reglas del arte. Un dolor como ese puede permanecer siempre en el mármol; las contorsiones de cuerpo y las contracciones de fisonomía, no habrían podido producir mas que la imagen de la desesperación la cual se presta fácilmente a una buena expresión, y sobre todo, jamás puede durar largo tiempo. El anciano apenas indicado en nuestra lámina, se halla abatido por la violencia del mal: se conoce que lo que desea es acabar pronto. El adolescente cede sin luchar; está triste y meditabundo, porque no había visto la vida todavía sino á través del prisma de la felicidad. El pedestal es de una forma y de un color severo, que no dejan de tener una influencia calculada sobre el efecto jeneral. M. Etex concibió esta composición cuando estudiaba en Roma, en el mismo tiempo en que el cólera estaba en Paris. Así pues, el grupo es, por decirlo así, un pensamiento de la juventud llevado á cabo en la edad madura. La ejecución es entendida, los contornos firmes, y el modelado bastante severo: se conoce que M. Etex ha seguido los buenos preceptos que él mismo ha escrito en su *Curso de dibujo*: « Se llama buena composición aquella que esplica bien el asunto, y le hace sentir profundamente al que la mira. Es muy raro que las líneas de una composición no sean buenas y armónicas cuando el asunto está bien entendido... todo es sencillo

grande en las obras maestras de los griegos. Mediten los discípulos sobre esas líneas tan hermosas y suaves, y aborrecerán los falsos y amanerados adornos del supuesto arte de los modernos, tan rebuscado, que hasta la misma verdad se desconoce... Miguel Angel decía que una estatua de mármol bien compuesta podría rodar desde la cúspide de



El cólera. — Grupo en mármol, por M. Etex.

una montaña hasta su falda, sin romperse ni estropearse. Esto quería decir que ninguna de sus partes debe separarse de la masa, que todo debe estar unido, y que al componer una estatua, hay que tratar de darle un gran carácter severo, y una masa imponente que inspire el respeto por su solidez.»

PALACIO DE CRISTAL.



Exposicion francesa de objetos de bronz.

En el memorable concurso abierto en Londres en 1851, la industria francesa es la que ha obtenido proporcionalmente, un número mayor de recompensas. En efecto, la Francia por menos de 1,800 esponentes, ha obtenido 56 grandes medallas, 638 medallas ordinarias, y 865 menciones honorables, que forman un total de 1,059 recompensas. Aun la misma Inglaterra, con sus 9,000 esponentes, no cuenta sino 2,265 recompensas. Lo demás del mundo esponente no ha obtenido sino 4,871 recompensas.

El grabado que acompaña á estas líneas representa « una exposición francesa de objetos de bronce » que ganó una grande medalla en el concurso de que hablamos. El caracter particular de estos objetos de arte consiste en el gusto con que están casados en su composición, el bronce, los esmaltes, el hierro con labores embutidas, el oro, el marfil, la malaquita, la porcelana, la madera, etc. Llamó muchísimo la atención un jarrón asirio de bronce con adornos esmaltados y figuras doradas; los autores de esta hermosa obra son dos artistas célebres en la industria, los señores Diéterle y Klagmann.

EL RELOJERO DE PAIMPOL.

(Véase la pág. 237.)

«— Hijo mío, el corazón duele cuando hay algun pesar: los perros aullan cuando sienten la muerte; el sol está descolorido cuando hay entierros.»

Un estremecimiento de espanto recorrió el cuerpo del jóven breton; sin embargo repuso temblando:

«Madre mía, dime porqué resuenan las campanas, dime porqué hay ese ruido de martillos en la casa vecina; dime porqué cantan los curas en la calle.»

La voz continuó al punto:

«— Hijo mío, las campanas doblan por el reposo de un alma; están clavando un féretro en la casa vecina; y los curas cantan responsos por tu desposada.»

Aquí el cántico se acabó, las campanas resonaron un instante á lo lejos, y después todo quedó silencioso. Pedro se arrodilló junto á la ventana, casi desmayado.

No le cabía duda ninguna; lo que acababa de oír era una advertencia como las que envía Dios frecuentemente á los habitantes de la Bretaña: era un *inter-signe!* No había posibilidad de resistir á este llamamiento sin cometer un sacrilegio. Una voz había venido de su país para recordarle sus promesas y para decirle que volviera. En vano se le presentaron como obstáculos invencibles el recuerdo de Fanny y los preparativos de la boda; Pedro seguía oyendo el sonido de las campanas y de aquella voz que le llamaba: era necesario partir sin tardanza.

Después de una noche de delirio, de lágrimas y de combates interiores, escribió á Smith una larga carta contándole sinceramente toda su historia. Le manifestaba que un error había sido la causa de su compromiso con Fanny, le hablaba de la advertencia que había recibido de Dios y le anunciaba su resolución de salir al punto de Dublin. Escrita esta carta, la envió y esperó ansioso la respuesta.

Por la tarde recibió un paquete con una cantidad mayor que lo que le debía el relojero, y un billete que contenía estas palabras:

«Deberíais haberlo dicho ántes. Vuestro silencio ha causado la desgracia de todos nosotros. Adjunta va una carta para un relojero de Edimburgo, amigo mío, en cuya casa podrá ganar un obrero lo suficiente para vivir con su mujer.»

«SMITH.»

En efecto, en el paquete se encontraba tambien una carta para un relojero de Edimburgo.

Pedro se marchó aquel mismo día, y cuando llegó á Paimpol se encontró á Teresa pobre, enferma y muy cambiada. Su madre había muerto hacia tiempo, y recordando fechas, el jóven obrero conoció que debió haber entregado su alma á Dios en el mismo día y en la misma hora en que había oído entonar bajo su balcón el cántico de la *Desposada*. La boda se hizo sin ruido, y los esposos partieron inmediatamente con dirección á Escocia.

A beneficio de la carta de Smith, Pedro pudo colocarse en Edimburgo, y sus asuntos prosperaron. Ganaba mucho y gastaba poco, y así al cabo de algunos años pudo comprar una tiendecilla de relojero que explotaba por su propia cuenta.

Pero á pesar de esta fortuna, Teresa se ponía cada vez mas triste, mas pálida y desmejorada. Muchas veces Pedro la encontraba sentada, con las manos cruzadas, en una actitud meditabunda, y con dos largas lágrimas que se deslizaban por sus escuálidas mejillas: entonces la preguntaba porqué lloraba, y la jóven le respondía que no podía decirlo porque ignoraba la causa de su pena; pero que tenía miedo, que estaba triste, y que nada la haría ya reír en el mundo. Pedro en el colmo de la desesperación hacia mil tentativas para interesarla nuevamente en la vida, pero todo era inútil. El corazón de Teresa revelaba una de esas proféticas tristezas que se apoderan casi siempre de aquellas mujeres en quienes se desarrolla desde muy temprano el germen de la muerte: dolores extraños que se sienten en medio de la embriaguez y del bullicio de la vida, que no dependen del alma, sino de los nervios, y que son como el misterioso instinto de nuestro cuerpo que presente que su disolución se aproxima.

Teresa había nacido demasiado endeble para una muchacha del pueblo. La infancia ruda y abandonada á que le condenó el acaso de su nacimiento, había gastado en ella la vida. La necesidad la había doblegado, y cuando llegó el bienestar era ya tarde para enderezar su ánimo. Pedro pudo ver los progresos de aquella fatal enfermedad; pudo calcular su muerte sin equivocarse, porque la vida parecía huir de ella gota á gota, como un licor precioso que se sale de una copa rajada. Bien luego comprendió que había llegado su hora, y esto no le causó la menor extrañeza; creía en su alma, en Dios, en el paraíso y no veía en su muerte mas que un viaje que ella iba á hacer la primera. Además, había apurado la existencia, y no podía menos de ganar cambiando de mundo: su vida la infundía alientos para la muerte. Un solo pensamiento entristecía sus últimos instantes; sus huesos no reposarian en la bendita tierra de la Bretaña! Y qué experimentaría su pobre alma, si volvía por la noche en medio de tantas almas extranjeras? No podría ver á lo lejos su aldea adormecida á los rayos de la luna, ni oír el reloj de su parroquia, ni escuchar los gemidos del viento!...

A estos recuerdos, se apoderaba de la moribunda un terrible desfallecimiento. Volvía la cabeza hacia la pared para que Pedro no la viese, y lloraba suavemente hasta que sus ojos se cerraban para ver en sueños el cementerio de Paimpol, su última esperanza! Sin embargo, no decía nada de esto por no afligir á su esposo antes de tiempo; pero cuando llegó el momento solemne, cuando la jóven sintió que su alma la temblaba en los labios, llamó á Pedro á su cabecera, y le dijo:

— Pedro, júrame que harás lo que voy á pedirte.

— Lo juro, respondió el jóven llorando amargamente.

— Voy á morir, prométeme que llevarás mi cuerpo á la Bretaña, y que me enterrarás en el cementerio de Paimpol junto á mi madre.

— Te lo prometó, respondió el relojero con una voz ahogada por los sollozos.

Lo mismo que si no hubiera esperado mas que esta respuesta, Teresa estendió sus dos manos hacia su marido, y espiró sonriéndose.

Grande fué el dolor que tuvo Pedro; pero sin embargo no se desanimó completamente, porque tenia que cumplir su promesa. Aquel alma tan débil se fortificó por medio del amor. Renunció á su comercio, vendió todo cuanto poseía, compró á costa de su fortuna entera el derecho de llevarse el cuerpo de su mujer á Bretaña, y se embarcó inmediatamente. Siete años antes, un buque le había transportado apoyado en el brazo de su mujer y con el corazón henchido de alegría; hoy el mismo buque le llevaba al país de donde había venido, sentado junto á un féretro donde estaban su mujer y su alegría.

Los mares se atravesaron sin ningun contratiempo, y al octavo día se descubrieron las costas de Bretaña. Ya se veía á lo lejos el archipiélago de Brehat plateado por los rompientes; el corazón del relojero se oprimió, y sintió que sus lágrimas le ahogaban. Aquella tierra en donde había nacido, en donde había amado, en donde había sido dichoso, estaba allí, y Pedro volvía á ella con un féretro. Nadie le esperaba, sino un sepulturero para abrir la fosa y un sacerdote para bendecir la sepultura!

Sin embargo, por la noche el tiempo se puso muy sombrío! Pedro tenía alguna borrasca, y sus temores se realizaron bien luego. Un viento que se levantó de repente impelió al buque hacia la tierra. En vano toda la tripulación reunió sus fuerzas para vencer el tumulto de las olas; la endeble embarcación, barrida por el huracán, corría sobre las aguas con sus velas hechas pedazos, como un ave marina herida en las alas.

En un instante se vió muy cercana la tierra, el buque iba á entrar en los rompientes, y ya se oía á algunos pasos el sordo ruido de la resaca que rugía entre los escollos. La goleta como espantada de sí misma, resistía á veces, cambiaba de dirección y se arremolinaba en la tormenta; de repente se oyó una voz siniestra que clamaba:

— El cadáver que viene á bordo tiene la culpa de esto!

Estas palabras produjeron el efecto de una conmoción eléctrica en la tripulación, presentándose al espíritu de todos la supersticiosa creencia comun á todos los marineros de que la presencia de un muerto en un buque compromete su seguridad.

— Al mar el cadáver! exclamaron todos en un solo grito. Y al decir esto se lanzaron al camarote, se apoderaron del féretro y le llevaron sobre cubierta. Pero Pedro advertido por el tumulto, se arrojó en medio de ellos: quiso hablar, y no lo permitieron; quiso defender su bien, pero le rechazaron unánimemente.

— Al agua la muerte! gritaban los marineros y levantaron el féretro.

— No me separaré de ella! gritó Pedro á su vez.

Y arrojándose sobre la caja, se abrazó á ella sin que pudieran desprenderle. Los marineros se detuvieron, no atreviéndose á cometer un asesinato. En aquel instante un terrible sacudimiento, hizo rechinar toda la madera del buque, y el palo mayor cayó partido sobre cubierta. La goleta acababa de precipitarse entre dos rocas donde se quedó sujeta como en un estuche de hierro: allí permaneció toda la noche

sin que las oleadas pudiesen arrancarla de aquel sitio.

Cuando amaneció, ya la borrasca se había apaciguado un poco, y pudieron llegar barcas de Brehat para recoger á la tripulación. Pedro y su féretro se salvaron igualmente.

El amigo que nos ha contado todos los pormenores de esta historia, vió al relojero breton cómo llevó al sepulcro el cuerpo de su jóven difunta. Después de haber elevado á su querida Teresa una tumba de piedra de color de rosa con el poco dinero que le quedaba, tumba que puede verse todavía, volvió á salir en busca de trabajo, pobre y simple obrero como ántes. Únicamente esta vez se marchó dejando en el cementerio de Paimpol doce años de su vida pasada, y todas sus esperanzas venideras.

EL VENGEUR.

A principios de 1794 se armó en Brest la flota mandada por Villaret de Joyeuse que debia dar algun tiempo después el famoso combate del 13 prarial. Los representantes Prieur de la Marne y Jean-Bon-Saint-André contribuyeron activamente á este armamento; pero si bien lograron reunir tripulaciones numerosas y llenas de entusiasmo, no estuvieron tan afortunados en el nombramiento de sus gefes.

El cuerpo de oficiales de marina, casi esclusivamente reclutado en la nobleza, había sido diezmado alternativamente por la emigración y por los tribunales revolucionarios. Así sucedió que hubo que apelar á los capitanes experimentados que hicieron sin duda buenos oficiales respecto al valor y laudables intenciones, pero siendo completamente extraños á las maniobras de una flota. La mayor parte no tenían noticia de la *táctica naval* que se les distribuyó, impresa en el navío la *Montagne*, á fines de germinal, es decir cuando estaban próximos á salir del puerto. De este modo, su ignorancia hubo de revelarse desde los primeros días de navegación. A lo mejor desaparecieron los navios del centro como el *Mucius* y el *Jacobin* que no habían virado, y otras veces se quedaban sin arboladura al abordage, como les sucedió al *Scipion*, al *Terrible*, etc. Además la mayor parte de los capitanes no comprendían las señales.

Sin embargo, la flota salió de Brest el 27 floreal para encontrarse con la escuadra mandada por Vanstabel.

Este belicoso aparato tenia por objeto principal el asegurar la entrada de este último, que venia de la Armenia del norte con un convoy de granos. La república sitiada por todas partes por el hambre esperaba el convoy con impaciencia, y el comité de salud pública había dado órdenes á Villaret de Joyeuse que saliera con dirección á las islas *Coves* y *Flores*, para esperarle allí, y escoltarle. Hasta entonces estaba mandado que toda escaramuza debiera evitarse.

Se habían hecho ya algunas presas importantes, cuando el 9 prarial, hacia la mitad del día, los marineros señalaron desde lo alto de las guías, la presencia del enemigo. Apenas reconocieron el pabellon inglés, cuando de todas las embarcaciones se alzaron gritos de entusiasmo pidiendo acalorados el combate. Villaret fiel á sus instrucciones quería continuar su camino, pero las peticiones de sus oficiales, y segun ciertos historiadores, las órdenes del representante del pueblo Jean-Bon-Saint-André, le obligaron á dar la señal de la batalla.

La escuadra se formó sobre una línea y marchó al enemigo. La flota inglesa, mas numerosa que la francesa, compuesta de buques mas fuertes, y con buenas tripulaciones, quiso al pronto esquivar el combate, porque fiel al carácter

de su nación, el almirante Howe no habría querido combatir sin tener antes la certeza de que saldría triunfante. Sin embargo, no tuvo más remedio que aceptar la lucha, pero el viento separó las dos escuadras. Solo el *Revolutionnaire* sufrió mucho en la pelea, pero al cabo pudo escapar de los navios ingleses, y llegó á Rochefort muy averiado.

Al día siguiente se continuó el ataque pero fue interrumpido por una niebla que se prolongó por espacio de dos días; al fin el 13 salió un sol resplandeciente.



El Vengeur.

Villaret de Joyeuse ordena el abordaje, y se echan los rezones; pero el almirante inglés que tenía el combate cuerpo á cuerpo, manda cortar las cuerdas que tenían á su buque junto á la *Montagne*, se retira con viento en popa, y principia á disparar de nuevo contra el navio francés, cuyos restos se ven bien luego sobre las olas. Villaret de Joyeuse cae de su banco de observación que vuela hecho pedazos, pero al momento manda poner otro en su lugar, y la tripulación entera muestra el mismo valor. El contramaestre Juan Favre recibe un balazo que le parte el brazo izquierdo; pero guardando en un pañuelo la mano que le colgaba todavía, y metiéndola en el bolsillo esclama:

— Aun me queda otro brazo para el servicio de la patria. Enseguida baja á la batería y se pone á servir el cañon durante tres cuartos de hora, hasta el momento en que otra bala le lleva el otro brazo. Viéndose inutilizado de aquel modo, se va por su pié al cuarto del cirujano, y presentándole sus mutilados miembros, le dice estas palabras:

— Cumple con tu deber como yo he cumplido con el mío, y á la amputación de cada brazo, grita conmigo *viva la república!*

Al instante resonó el canto de la *marsellesa*, y ambas flotas alineándose á tiro de pistola, se enviaron la muerte por salud. El almirante Howe que iba á bordo de la *Reine Charlotte*, ataca al navio la *Montagne* mandado por Villaret de Joyeuse y Jean-Bon-Saint-André, y trata de cortar la línea, pero en vano, hasta que una falsa maniobra del *Jacobin* le favorece y le abre un paso del que se apodera con mucha presteza con otras cinco embarcaciones. Entónces la *Montagne* y la *Reine Charlotte* se acercan y se chocan;

El 23 prarial, esto es, diez días despues de ese funesto combate, Villaret de Joyeuse volvió á Brest con diez y nueve buques y mil doscientos hombres heridos. El número de muertos era al ménos igual, y la república perdía ademas unos cinco mil prisioneros.

Sin embargo no todos los marineros del *Vengeur* perecieron. Las chalupas inglesas recogieron á muchos de esos gloriosos naufragos, entre los que se hallaron el capitán Renaudin y su segundo. Conducidos á Inglaterra, fueron canjeados poco despues, y Renaudin recibió el título de contraalmirante.

Por funesto que fuese el combate del 13 prarial para la marina francesa, sin embargo se llenó el objeto que se propusieron al mandar salir la escuadra de Villaret de Joyeuse. Vanstebel encontró libres los mares, porque la flota inglesa casi tan maltratada como la otra se había visto obligada á volver á sus puertos. Vanstebel entró en Brest el 25 con un convoy de ciento cincuenta velas y un crecido número de presas que había hecho en el camino, « de modo que los buques de la flota francesa pudieron ocultar sus mutilaciones á la sombra de los dos pabellones unidos de la Francia y de la América. »

¶ Pero este heroico valor no puede detener los destrozos de la metralla inglesa. Muchas de las piezas de la *Montagne* no sirven para nada, por falta de marineros. La coronada de á treinta y seis que podría ser tan útil no se halla rodeada sino de cadáveres. El jóven Bouvet de Crezé regente de la imprenta de la escuadra, intenta un postrer esfuerzo. Herido ya tres veces logra disparar la coronada, á costa de cinco heridas nuevas. El efecto fué tan terrible que el almirante Howe desertó al punto la batalla aljándose á velas desplegadas.

Libertado de este modo, Villaret de Joyeuse no tenía que hacer otra cosa sino reunir los navios que estaban en primera línea con el suyo, para marchar al socorro de los seis buques de retaguardia que estaban luchando contra toda la escuadra inglesa. Quizá podia salvarlos apoderándose al mismo tiempo de dos navios enemigos enteramente desamparados.

Se dice que Jean-Bon-Saint-André se opuso á esto, pero varios testigos oculares afirman que dejó en toda libertad al almirante. Sea como quiera, lo cierto es que Villaret de Joyeuse concluyó por ordenar la retirada, dejando así al

enemigo una victoria que tenía en sus manos, y seis navios que podían haberse salvado.

Otro mas, el *Vengeur*, que tambien quedó abandonado, se negó á rendirse.

El primer día había cometido una falta, apartándose de la línea, y se había empeñado en rescatarla. Atacado por muchos navios á la vez, vuelve golpe por golpe y muerte por muerte. El *Brunswick* que se hallaba mas cerca, tuvo que retroceder, pero otros le reemplazan. La arbeladura del *Vengeur* se viene abajo; su quilla abierta en mil parages hace agua por todas partes, pero los marineros franceses han jurado que no se rendirian: cargando los cañones á flor de agua, lanzan un nuevo disparo, vuelven á subir sobre cubierta, enarbolan el pabellon tricolor en el asta del palo mayor, y con las manos levantadas y agitando sus sombreros bajan como en triunfo al abismo, gritando *viva la libertad! viva la Francia!*

El 23 prarial, esto es, diez días despues de ese funesto combate, Villaret de Joyeuse volvió á Brest con diez y nueve buques y mil doscientos hombres heridos. El número de muertos era al ménos igual, y la república perdía ademas unos cinco mil prisioneros.

Sin embargo no todos los marineros del *Vengeur* perecieron. Las chalupas inglesas recogieron á muchos de esos gloriosos naufragos, entre los que se hallaron el capitán Renaudin y su segundo. Conducidos á Inglaterra, fueron canjeados poco despues, y Renaudin recibió el título de contraalmirante.

Por funesto que fuese el combate del 13 prarial para la marina francesa, sin embargo se llenó el objeto que se propusieron al mandar salir la escuadra de Villaret de Joyeuse. Vanstebel encontró libres los mares, porque la flota inglesa casi tan maltratada como la otra se había visto obligada á volver á sus puertos. Vanstebel entró en Brest el 25 con un convoy de ciento cincuenta velas y un crecido número de presas que había hecho en el camino, « de modo que los buques de la flota francesa pudieron ocultar sus mutilaciones á la sombra de los dos pabellones unidos de la Francia y de la América. »

GRAZIELLA.

POR

M. A. DE LAMARTINE.

(Véanse las p. 161, 188, 194, 202, 213, 217, 226 y 234.)

La llave no estaba. Lancé un grito ahogado de alegría y entré con cuidado en el patio. La puerta y las ventanas estaban cerradas; pero un ligero resplandor que salía de las rendijas de una ventana y que flotaba sobre las hojas de la higuera, denotaba que había una lámpara encendida dentro de la casa. Quién había podido hallar la llave, abrir la puerta, y encender la lámpara sin conocer las localidades? No dudé que Graziella se hallaba á dos pasos de mí, y caí de rodillas en lo alto de la escalera, para dar gracias al ángel que me había conducido hasta aquel sitio.

Ningun ruido salía de la casa. Apliqué mi oído á la puerta y creí oír el débil rumor de una respiración y como sollozos en el fondo del segundo cuarto. Hice temblar lijamente la puerta, como si hubiese sido movida únicamente por el viento, á fin de llamar poco á poco la atención de Graziella y para que el sonido repentino é inesperado de una voz hu-

mana no la matase al llamarla. La respiración se detuvo. Entónces la llamé por su nombre á media voz y con el acento mas tierno y sosegado que pude hallar en mi corazón. Un débil grito me respondió en lo último de la casa.

La llamé de nuevo suplicándola que abriese á su amigo, á su hermano que venía solo por la noche á través de la tempestad y guiado por su ángel bueno para buscarla y arrancarla á su desesperación para traerla el perdón de su familia junto con el suyo y para llevarla de nuevo con sus abuelos y con sus hermanitos aflijidos.

— Dios mío! es él! es mi nombre! es su voz! esclamá sordamente.

La llamé Graziellina, ese cariñoso nombre que solia yo darle algunas veces cuando jugábamos juntos.

— Oh! sí, es él! No me engaño, Dios mío!

Oí que se levantaba sobre las hojas secas que resonaban á cada uno de sus movimientos; oí que daba un paso para salirme á abrir, y por último oí que se cayó de debilidad ó de emoción sin poder seguir mas adelante.

No vacié mas tiempo; pegué un golpe con todas las fuerzas de mi impaciencia y de mi inquietud á la vieja puerta; la cerradura cedió rompiéndose, y me precipité en la casa.

La lamparilla que Graziella había encendido á la Madona, la alcabracaba con un resplandor suave. Corrí al fondo del segundo cuarto, donde había oído su voz y su caída, y donde la creí desmayada, pero no lo estaba; únicamente su debilidad había desmentido su valor, y estaba caída en el monton de yerbas secas que la servían de cama, y cruzaba las manos mirándome. Sus ojos animados por la fiebre, abiertos por la sorpresa y lánguidos de amor, brillaban fijos como dos estrellas.

Su cabeza que trataba de levantar, se volvía á caer de debilidad sobre las hojas, echada hácia atras como si tuviese partido el cuello. Estaba pálida como una persona en la agonia, excepto las mejillas donde se veían dos vivas rosetas. Su hermosa piel estaba manchada con las lágrimas y el polvo que se había pegado á ellas. Su vestido negro se confundía con el color oscuro de las hojas caídas en el suelo sobre las que se hallaba tendida; sus pies desnudos, blancos como el mármol, salían fuera de su lecho y descansaban enteramente sobre la piedra. Todo su cuerpo se estremecía y sus dedos se entrecrocaban como unas castañuelas en las manos de un niño, y por último el pañuelo rojo que envolvía ordinariamente las largas trenzas de sus hermosos cabellos, se había puesto como un velo sobre su frente, conociéndose que se había servido de él para ocultar su rostro y sus lágrimas en la sombra como en la inmovilidad anticipada de un sudario, y que solo le levantó al oír mi voz y al incorporarse para salir á abrimme.

Me puse de rodillas á su lado; tomé sus heladas manos entre las mías y las llevé á mis labios para calentarlas con mi aliento, regándolas con algunas lágrimas. En las convulsiones de sus dedos, comprendí que había sentido aquella lluvia del corazón, y que me daba las gracias. Me quité mi capote de marinero, y le tendí sobre sus piés desnudos, envolviéndolos entre el paño.

Ella se estaba quieta, siguiendo todo cuanto yo hacía con sus ojos en los que brillaba una espresion de gozo delirante, pero sin poder ayudarse por sí misma con ningún movimiento, como un niño que se deja envolver en su cuna. Enseguida arrojé dos ó tres hacillos de leña seca en la chimenea del primer cuarto para calentar un poco el aire, encendiéndolos con la lamparilla, y me volví á sentar en el suelo al lado de su lecho.

— Que bien me encuentro! me dijo hablando en voz baja y con un acento suave, igual y monótono, como si su pecho hubiese perdido á la vez toda vibración sin conservar en la voz mas que una sola nota.

— En vano he querido ocultármelo á mi misma, en vano te lo he querido ocultar á tí. Puedo morir pero no puedo amar á otro. Han querido casarme cuando solo tú eres el desposado de mi alma; no seré de nadie en la tierra, porque he sido tuya en secreto. Tú en el mundo, ó Dios en el cielo! este es el voto que hice el primer día en que comprendí que mi corazón había enfermado por tí, y te pertenecía. Sé que no soy mas que una pobre jóven indigna de tocar tus pies con mi pensamiento, y por eso no te he pedido nunca que me ames, pero yo te amo, te amo, te amo!...

Al decir estas tres palabras parecía concentrar en ellas toda su alma.

— Y ahora desprecíame, burlate de mí, haz lo que quieras! Búrlate de mí como de una loca que está soñando que es reina en sus harapos. Entrégame al escarnio de todo el mundo; si, yo misma les diré á todos: le amo, y si hubiese estado en mi lugar, todas hubierais hecho lo que yo, morir ó amarle!

Yo tenía los ojos bajos sin atreverme á mirarla temiendo que mi mirada no la dijese poco ó demasiado en aquel decir. Sin embargo, al oír su última frase alcé mi frente que tenía pegada á sus manos, y quise pronunciar algunas palabras.

Graziella me puso un dedo en la boca y continuó diciendo:

— Déjame que acabe: ahora estoy contenta, no tengo ya ninguna duda, escucha: Ayer cuando me marché de casa después de haber pasado toda la noche combatiendo y llorando á tu puerta, llegué aquí en medio de la borrasca, creyendo que no te vería mas, y como una muerta que marcha por sus pies al sepulcro. Mañana debía hacerme religiosa en cuanto amaneciera el día, porque como llegué de noche á la isla, cuando fui á llamar al monasterio, la puerta estaba cerrada, era ya tarde, no quisieron abrirme. Vine aquí á pasar la noche y á besar las paredes de la casa de mi padre antes de entrar en la casa de Dios y en la tumba de mi corazón. He mandado con un chico una carta á una amiga mía para que venga á buscarme mañana. Tomé la llave, encendí la lamparilla de la Madona; y puesta de rodillas hice un voto, el último de mi vida, un voto de esperanza, aun en la desesperación misma, porque debes saber si algún día me amas, que siempre queda una luz de fuego en el fondo del alma, aun cuando se crea que todo está apagado. — Santa protectora, la dije, envíame una señal de mi vocación para que esté segura de que el amor no me engaña y de que consagro á Dios verdaderamente una vida que solamente á él debe en adelante pertenecerle! Esta es mi última noche principada en el mundo de los vivos: nadie puede saber donde la paso. Quizá mañana me vendrá á buscar cuando haya desaparecido. Si la amiga que he mandado á llamar viene la primera, entonces será señal de que debo cumplir con mis designios y la seguiré para siempre al monasterio... pero si fuera él el primero... él, guiado por mi ángel que me descubiérase y me detuviese al bordo de la otra vida... Oh! entonces será señal de que me recibes en tu seno, y de que debo volver con él para amarte durante todo el resto de mi vida. — Haz que sea él, añadió, haz ese milagro mas, si entra en tus designios y en los de Dios, y para obtenerlo te haré un don, el único que puedo hacerte, yo que nada poseo en este mundo: aquí están mis cabellos, mis

pobres cabellos que tanto le gustaban y que tantas veces desataba para ver como flotaban al viento sobre mis hombros. Tómalos, te los doy; voy á cortarlos yo misma, para probarte que nada me reservo, y que mi cabeza sufre de antemano la tijera que mañana, al separarme del mundo, debería cortarlos.

Al decir estas palabras separó con su mano izquierda el pañuelo de seda que le cubría la cabeza, y tomando con la otra la larga madeja de sus cabellos cortados y puestos á su lado junto á la cama, me los mostró estendiéndolos.

— La Madona ha hecho el milagro, repuso con una voz fuerte y con un acento de alegría inimitable. Te ha enviado aquí; iré á donde me lleves; mis cabellos son tuyos; mi vida te pertenece.

Me precipité sobre las trenzas de sus hermosos cabellos negros que se me quedaron en las manos como una rama muerta de un árbol: los cubrí de besos silenciosos, los estreché contra mi corazón, y los regué de lágrimas como si hubiese sido una parte de ella misma que enterraba muerta en la tierra. Después alzando los ojos para mirarla, vi su preciosa cabeza despojada, pero como adornada y embellecida de su sacrificio, resplandeciente de alegría y de amor con los mechones negros y desiguales de cabellos que la tijera había mas bien desgarrado que cortado. Me pareció como la estatua mutilada de la Juventud cuyas mutilaciones hechas por el tiempo realzan mas su gracia y su belleza, añadiendo la ternura á la admiración. Aquella profanación de sí misma, aquel suicidio de su belleza por mi amor, me dieron un golpe tal en el corazón que todo mi ser se conmovió, y me precipité con la frente al suelo á sus pies. Entonces presentí lo que era amar, y tomé aquel presentimiento por un amor!

Pero ay! no era el amor completo; en mí no era mas que una engañosa sombra. Sin embargo me hallaba aun en una edad muy tierna para no haberme engañado yo mismo. Creí que la adoraba, como tanta inocencia, belleza y amor debían ser adorados por un amante, y se lo dije con ese acento único que da la emoción y con esa pasión contenida que da la soledad, la noche, las lágrimas y la desesperación. Ella lo creyó, porque necesitaba creerlo para vivir, porque en su alma tenía bastante pasión para suplir la insuficiencia de mil corazones.

La noche entera se pasó así, en la conversación confiada, pero ingenua y pura, de dos seres que se descubren inocentemente su ternura, y que desearían que la noche y el silencio fuesen eternos, para que nada extraño viniera á interrumpirse entre la boca y el corazón. El velo de nuestras lágrimas nos cubría á los dos: nada está tan lejos de la voluptuosidad como la ternura; abusar de una intimidad semejante, habría sido profanar dos almas.

Yo tenía sus dos manos entre las mías, y sentía que se iban reanimando á la vida. Fui á buscar agua fresca para beber en el hueco de mi mano, ó para enjugar su frente y sus mejillas. Avivé la lumbre echando nueva leña, y después volví á sentarme en la piedra al lado del hacedillo de mirto que la servía de cabecera para oír de nuevo las deliciosas confidencias de su amor: cómo había nacido en ella sin saberlo, bajo las apariencias de una pura y dulce amistad de hermana; cómo ella se alarmó al punto y se tranquilizó luego; en qué había conocido que me amaba; cuántas secretas señales de preferencia me había dado sin que yo lo notara; qué día creyó que se había descubierto; qué otro día se forjó la ilusión de que era correspondida, en una palabra, las horas, los ademanes, las sonrisas, las palabras á

medio decir, y las revelaciones ó el ceño involuntario de nuestros rostros durante los seis meses que habíamos vivido juntos. Su memoria lo conservaba todo, y todo lo recordaba, semejante á la vegetación de las montañas del mediodía incendiada por el viento durante el estío, que conserva la huella del fuego en todos los parages por donde han pasado las llamas.

A esto añadía Graziella esas misteriosas supersticiones del sentimiento que dan precio y sentido á las mas insignificantes circunstancias. Levantaba, por decirlo así, uno por uno todos los velos de su alma en mi presencia, mostrándome como á Dios en toda la desnudez de su candor, de su abandono y de su infancia. El alma no tiene mas que una vez en la vida esos momentos en que se vierte enteramente en otra alma, con ese murmullo inagotable de los labios que no son suficientes para su amorosa expansión, y que concluyen por balbucear inarticulados y confusos sonidos como los besos de un niño cuando se está durmiendo.

Yo no me cansaba de escuchar, de gemir, y de estremerme alternativamente. Bien que mi corazón, demasiado ligero y tierno todavía de juventud, no estuviese bastante maduro para producir por sí mismo tan ardientes y divinas emociones, esas emociones, sin embargo, al caer en el mío, hacían en él una impresión tan deliciosa y nueva que crea experimentarias cuando no hacia otra cosa que sentirlas. Triste y deplorable error: yo era un mármol y ella un fuego! Reflejándose en mí, creía producirle; no obstante, sus rayos, pasando de uno á otro, parecían pertenecer á los dos envuélvendonos en la atmósfera del mismo sentimiento.

Así se pasó aquella larga noche de invierno, noche que para ella y para mí duró tanto como el primer suspiro en que se manifestaba el amor; á ambos nos pareció que la luz del día vino á interrumpir ese suspiro cuando apenas.

Sin embargo, el sol estaba ya muy alto en el horizonte cuando sus rayos se deslizaron por entre las ventanas haciendo palidecer la luz de la lámpara. En el momento en que abrió la puerta vi á toda la familia del pescador que subía corriendo la escalera.

La jóven religiosa de Prócida, amiga de Graziella, á quien había enviado un mensaje la vispera confiándole el designio de entrar al día siguiente en el monasterio, sospechando que debía haber en aquel paso alguna desesperación amorosa, mandó por la noche á Nápoles á uno de sus hermanos para dar parte á la familia de Graziella de la resolución de esta. Informados así del paradero de su hija, llegaban todos apreturados, alegres y arrepietidos para detenerla al borde de su desesperación, y para llevársela libre y perdonada consigo.

La abuela se arrojó al suelo delante de ella poniendo delante á los dos niños que había llevado para enterrarlos, y cubriéndose con sus cuerpos, como un escudo, contra las quejas de su nieto. Los niños se arrojaron llorando en los brazos de su hermana. Al levantarse para acariciarlos y para abrazar á su abuela, el pañuelo que cubría la cabeza de Graziella se desprendió y dejó ver su cabeza desnuda de cabellos. A la vista de estos ultrajes á su belleza, cuyo sentido comprendieron, se estremeron, y nuevamente estallaron los sollozos. La religiosa que acababa de entrar calmó y consoló á todo el mundo; recogió las trenzas cortadas de la frente de Graziella, las tocó con la imagen de la Madona, guardándolas en un pañuelo de seda blanco, y las volvió á poner en el delantal de la abuela, diciéndola:

— Guardadlas para enseñárselas cuando en cuando, en medio de su felicidad ó en medio de sus penas, y para re-

cordarla, cuando pertenezca al que ama, que las primicias de su corazón deben pertenecer siempre á Dios, como le pertenecen ya en esta cabellera las de su belleza.

Por la tarde volvimos todos juntos á Nápoles. El celo que yo mostré para encontrar y salvar á Graziella, había acrecentado hasta lo sumo el afecto que los buenos pescadores me tenían. Alguno de ellos sospechaba la naturaleza de mi interés por ella y del cariño que ella me tenía, atribuyéndola toda su repugnancia á la deformidad de Cecco, repugnancia que esperaban vencer con la razón y el tiempo. Prometieron á Graziella que no la hablarían mas de su casamiento y hasta el mismo Cecco suplicó á su padre que se callara con respecto á esto, y por su parte con su humildad, su actitud y sus miradas, pedía perdón á su prima por haberle ocasionado aquella pena. De este modo volvió á restablecerse el sosiego en aquella casa.

Ninguna sombra turbaba ya el rostro de Graziella ni mi felicidad, si no el pensamiento de que tarde ó temprano se interrumpiría esa felicidad por mi vuelta á mi país. Cuando pronunciaban el nombre de la Francia, la pobre muchacha se ponía pálida como si hubiese visto el fantasma de la muerte.

Un día, al entrar en mi cuarto, hallé todos mis vestidos desgarrados y tirados por el suelo.

— Perdoname, me dijo Graziella arrojándose á mis pies, y alzando hácia mí su rostro descompuesto; soy yo quien ha hecho todo eso. Oh! no me regañes; todo lo que me dice que debes dejar un día ese traje de mariner, me causa mucha pena: se me figura que cuando cambies de traje vas á cambiar tambien de corazón.

Escepto estas escenas, hijas del calor de su ternura, y que se apaciguaban con algunas lágrimas de nuestros ojos, tres meses pasamos absorbidos en una felicidad imaginaria que la menor realidad debía quebrantar al tocarnos: nuestro Eden estaba fabricado en una nube.

Y así conoció el amor: por una lágrima en los ojos de una tierna niña.

Qué contentos estábamos juntos, cuando podíamos olvidar completamente que existía otro mundo mas allá de nosotros, otro mundo que aquella casa en la cuesta del Pausilippo; aquella azotea al sol, aquel cuarto en el que trabajábamos, jugando la mitad del día; aquella barca tendida sobre la arena de la playa, y aquella mar hermosa, cuyo viento húmedo y sonoro nos traía la frescura y las melodías de las aguas!

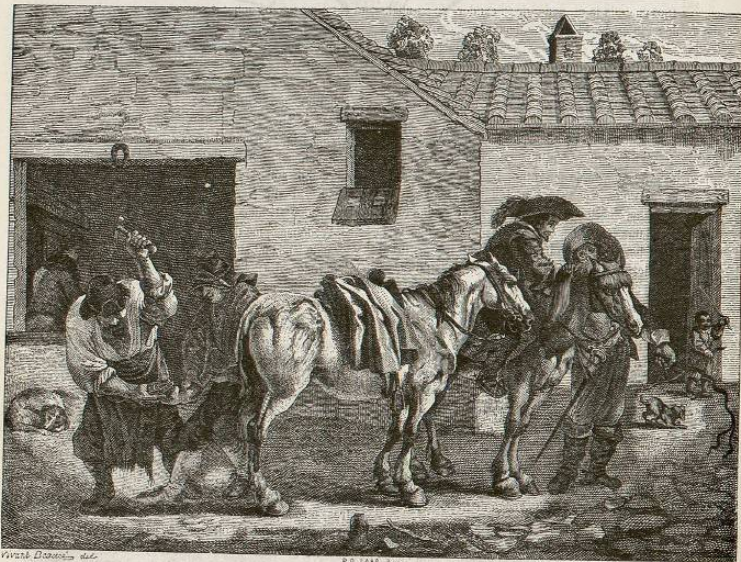
Pero, ay! había horas en que nos poníamos á pensar que el mundo no se acababa allí, y que vendría un día en que que ya no nos veríamos juntos bajo el mismo rayo del sol de la luna. Hago mal en acusarme tanto de la sequedad de mi corazón en aquel tiempo comparándole á lo que ha sentido después: en el fondo, principiaba á amar á Graziella mil veces mas de lo que creía.

Sino la hubiese amado tanto, la huella que ha dejado para toda mi vida en mi alma no habría sido tan profunda y tan dolorosa; su memoria no se habría incorporado en mí tan tristemente y con tantas delicias, y no tendría tan presente su imagen deslumbradora. Aunque mi corazón fuese de arena, entonces aquella flor marina se arraigó en él para mas de una estación, como las arceñas milagrosas de la playa se arraigan en los arenales de la isla de Ischia.

(Se continuará.)

PEDRO DE LAAR, LLAMADO BAMBOCHE.

En la *Galería de Pintores célebres*, de Lecarpentier, se lee una interesante anécdota, sobre el cuadro que damos aquí, la cual es como sigue: « Conozco, dice ese autor, un cuadro de Bamboche sumamente curioso, tanto por su asunto histórico como por la franqueza con que está pintado. Este cuadro representa un herrador herrando un caballo, cuya actitud es tan espresiva, que parece que se oyen los martillazos; y aun al ver la espresion de su rostro parece también



EL Herrador.

cargaría sobre él este mismo golpe.» Este cuadro, que podría pasar muy bien por de Juan Miel, si no se conociese su origen, es del mayor interés tanto por el mérito de la ejecución como por el rasgo histórico que representa. La presente anécdota de la vida de Bamboche, ignorada aun de los escritores de su tiempo, lo ha sido también de la mayor parte de las personas que han poseído sucesivamente este precioso cuadro.»

Dicho esto, con lo cual queda explicado el asunto de la composición, pasaremos á dar á nuestros lectores algunos pormenores biográficos sobre su autor.

Pedro de Laar, apellidado Bamboche, por los asuntos que elegía ordinariamente para sus cuadros, y también por la alegría de su carácter y por sus eternos chistes y dichos agudos, nació en Laaran, cerca de Naerden, hácia 1613; se fué á Italia bastante joven, estudió en Roma en casa de Juan del

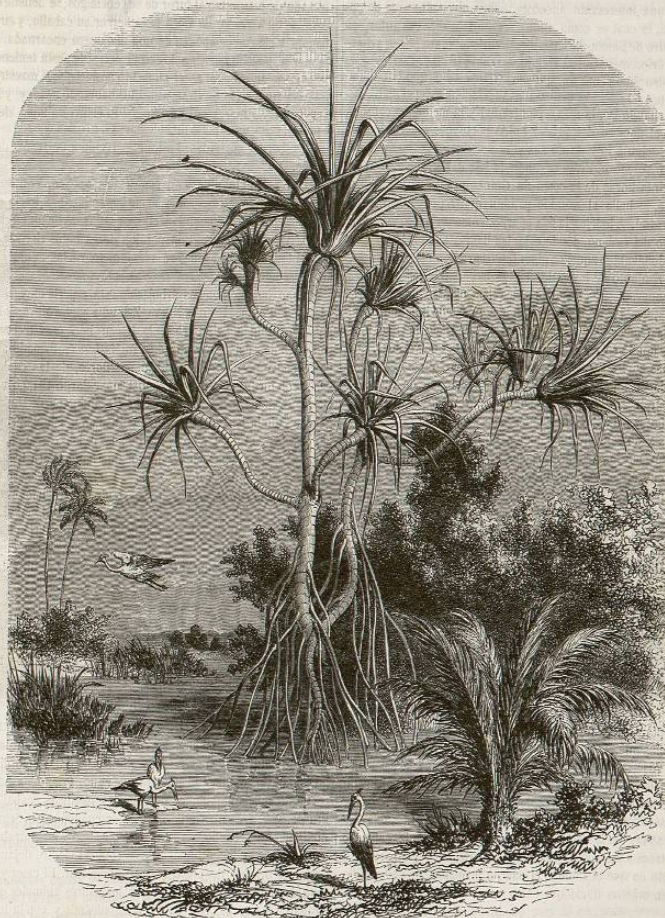
que se oyen las palabras que pronuncia muy acalorado. Esta preciosa composición representa un suceso de la infortunada vida de Carlos II, rey de Inglaterra que, sustrayéndose disfrazado de campesino al furor de sus enemigos, se detiene en casa de un herrador de aldea para herrar su caballo, y cuyo bagaje y silla se componen de una mala capa encarnada. El monarca, absolutamente solo con el herrador, está teniendo la pata de su caballo, en el momento mismo que el maestro, que era partidario de Cromwell dice hablando del rey y levantando con fuerza su martillo: « Si estuviera aquí, des-

Campo, permaneció diez y seis años en esa ciudad, volvió enseguida á su país, y por último se estableció en Harlem, donde murió á setenta años hácia 1673. Este pintor descolló en la representación de cacerías, pescas y fiestas de lugar; y este último género de composición conserva aun entre los italianos el nombre de bambochadas.

Se ha supuesto que Pedro de Laar se ahogó voluntariamente en un foso, cuyo género de muerte le envió Dios en castigo, según dicen, á él y á otros cuatro artistas compatriotas suyos, que ahogaron una noche á un sacerdote romano en el Tiber. Pero esto es un cuento, y nada más, sobre todo si se reflexiona en las siguientes palabras del grave Sandrart, que había conocido íntimamente á Bamboche, y dijo de él: « Con gran sentimiento de los aficionados, este hombre piadoso y admirable salió de las luchas temporales para pasar al eterno reposo. »

J. J. ARNOUX.

PANDAN DE LA ISLA DEL PRINCIPE.



Dibajo de K. Girardet, copiado de M. L. de Follina

Los primeros exploradores de las riberas africanas, después de haber costado las playas desiertas y desoladas del Saharah, lanzaron un grito de admiración al aspecto del súbito cambio, que de uno á otro lado del Senegal, les presentaba la naturaleza. La mas rica vegetacion sucede sin transición á la mas completa aridez, y una raza de hombres negros, grandes, robustos y bien proporcionados reemplaza

á los árabes curtidos, flacos y de corta estatura, habitantes errantes del desierto.

« Nunca he visto nada comparable á esto, aunque he navegado largo tiempo en los mares orientales de Europa, decía en 1446 el veneciano Cada-Mosto, después de haber doblado el Cabo Verde; la tierra es aquí baja, y se halla cubierta de hermosos y grandes árboles siempre verdes, porque ántes

de que se caigan las hojas, ya están refloreciendo otras nuevas; además, nunca se agostan ni se secan como en nuestros países, y los árboles se adelantaban sobre la playa al encuentro de las olas, como si fueran á beber aquellas aguas tibias y saladas.»

Ventiseis años después del viaje del veneciano, los portugueses descubrieron mas al Sur, á poca distancia de las pantanosas tierras de Guinea, cuatro islas que sin duda deben á su suelo volcánico una vegetacion excepcional.

Fernando Po, la mas septentrional y la mejor, ha conservado el nombre del primer noble portugués que herido de admiración á la vista de sus verdes colinas, la llamó desde luego *Tormosa*. En la segunda, la isla del Principe, situada á treinta horas de la costa de Guinea y á 4° 37' de latitud norte, se halla el notable pandan que representa nuestro grabado¹. A lo lejos la isla aparece como un punto verde en medio del Océano donde solo las llamas subterráneas han podido levantar aquellos gigantescos promontorios. El suelo, rico conjunto de lavas decompuestas, donde los vegetales se renuevan sin cesar, produce las plantas mas maravillosas, los árboles mas espléndidos que puede iluminar el sol de los trópicos. Es un lujo de matices variado hasta el infinito, donde se funden innumerables tintas de verdura, sobre las cuales resplandecen los rayos del sol como en medio de un fluido de oro. Vaporosas columnas de humo se arrastran á lo largo de las colinas, revelando la presencia de algunas habitaciones enterradas en aquella espesura de hojas y de ramas. Encanionados entre los imponentes arcos que forman los grandes árboles, se ven numerosos arbustos que cubren á su vez la infinidad de plantas bajo las cuales desaparece el suelo. El aire comprimido y pesado, se halla impregnado de ardientes perfumes.

Hé aquí los detalles que da sobre nuestro pandan el oficial de marina que lo ha dibujado:

«Una corriente de agua que baja de las cimas escarpadas de la isla, rompiendo de roca en roca su cristal plateado, mantiene una constante humedad en un estrecho valle donde se refleja y se concentra el calor de los rayos flechados todo el día sobre los flancos de dos montañas muy próximas una de otra. La tibia atmósfera debida á esa doble causa, alimenta en el fondo de esos abismos una vegetacion vigorosa. El pandan se levanta en el sitio donde la garganta se ensancha, y donde descansando un momento en un limpio receptáculo, las aguas del torrente van á encontrarse con las olas que el Océano las envia por aquel lado.

» A la cuarta parte de su altura, que en la isla del Principe llega hasta 44 ó 46 metros, el tronco principal puede tener unos 35 centímetros de diámetro; conforme baja, va disminuyendo de volumen, y cuando llega á la superficie del agua, apenas conserva el grueso de una raíz delgada. El tronco y los vástagos están ensortijados, y á partir del punto en que disminuye el cuerpo principal, de cada anillo salen muchas fibras que salen como ángulos agudos, des-

cribiendo á veces curvas ovoidales y entrando en la madre del arroyo. Este manojo de todos sostiene todo el árbol. Las fibras que se abren por sí mismas, llegan á tener hasta 42 y 45 cent. de circunferencia, hallándose revestidas como el tronco principal, de una corteza blanquecina aunque sin anillos. Sobre este apoyo, el árbol levantándose como un reptil monstruoso, se abre, á las dos terceras partes de su altura, en cinco ó seis ramas que echan pequeños botones á sus estremidades. Cada rama, al principio muy apretada, despues hinchada como el cuello de un cisne, redonda por la punta, echa un capullo de hojas largas, gruesas y agudas, con los bordes cortantes, bastante parecido á un trofeo de dardos.

» Este árbol singular, con sus débiles apoyos, con sus ramas desnudas cuyas graciosas curvas se inclinan hacia el horizonte para abrir sus diademas de hojas, es de un efecto aéreo. A su lado se ven una porcion de vástagos tiernos y de plantas acuáticas, que se reflejan sobre las aguas en donde se alimenta.»

Se han hallado muchos árboles de esta especie en varias islas de la Polinesia, en la Nueva Zelanda y en Nueva Guinea. Los indígenas de la Oceania hacen hermosas trenzas con las hojas del *pandanus odorantissimus*, llamado así por el suave perfume que exhalan sus flores, de las cuales basta con un fragmento para embalsamar largo tiempo un cuarto cualquiera. El *pandanus utilis*, indígena de Madagascar y de la isla de Borbon, se cultiva en la isla de Francia y en las Antillas; sirve para poner en los cercados, y con sus hojas se fabrican los fardos que sirven para transportar á Europa los cafés, azúcares y otros generos coloniales. El *pandanus edulis*, cuyos frutos en racimos producen granos que se comen, crece espontaneamente en Madagascar. Por último, M. de Candolle escribe, refiriéndose á un viajero, que en Africa existe una clase de pandan, cuya flor se abre lanzando una especie de relámpago con un estallido al mismo tiempo.

DESCRIPCION

DEL GRAN LAGO INTERIOR DE AFRICA, SEGUN LA RELACION DE M. OSWALD, QUE LO DESCUBRIÓ EN EL MES DE OCTUBRE DE 1849.

Despues que salimos del último pueblo indígena, continuamos nuestro viaje muy agradablemente sin hallar alma viviente. El calor era excesivo, y por espacio de cinco dias no pudimos encontrar ni una gota de agua. Por todas partes se descubrieron mandas de animales monteses, caballos bravos, cabras y otra mil especies de cuadrúpedos. Segun nos iban acercando, las gacelas se paraban y nos miraban con sorpresa, y luego huían ligeras como el viento, dejando detras torbellinos de polvo que nos ahogaban. El calor y la falta de agua hizo padecer mucho á los pobres animales que tiraban los vagones con paso lento, jadeando y con la lengua colgando.

No creia yo que los buyes del Cabo pudiesen soportar tantas privaciones y fatigas. Afortunadamente, la comarca que atravesábamos era una inmensa llanura de verdor, en la que no habia ni un montecillo que alterase la igualdad de su superficie, teniendo todo el país este mismo aspecto en una extension de cuatrocientos ó quinientos millas. Esta monotonía no está interrumpida sino por bandadas de hermosos cuadrúpedos agrupados confusamente en tan dilatada llanura, ó bien mezclados con los setos y arbustos que

crecen con profusion. Por una parte veíamos pacer el rinoceronte enorme elefante; por otra, manadas de búfalos, los cuales, al vernos llegar, sacudían orgullosamente las crines lanzándonos miradas centelleantes, mientras que antílopes de toda especie, comenzando por el magestuoso ante y acabando por la gacela mas pequeña, iban saltando á bandadas delante de nosotros. Muchas veces fuimos engañados por el miraje, ilusion óptica que se produce en los arenales del Egipto: daba pena el ver cómo nuestros pobres animales se eslozaban en llegar á los rios que divisaban, pero que al fin desaparecían como cosa que no existía.

Al sexto día comenzamos á desesperar, porque se nos iba acabando la poca agua que llevábamos, y no podíamos volver atrás sin esponernos á una muerte cierta. Si pasábamos adelante no habia mas que incertidumbre, pues podían trascurrir aun muchos dias antes de hallar una fuente ó un arroyo, y ya estábamos casi estenuados. Mientras estábamos deliberando sobre lo que habíamos de hacer, los buyes tomaron ánimo de repente y echaron á andar con una velocidad extraordinaria. El carretero manifestó que esto indicaba que allí cerca habia agua probablemente. Los caballos tambien reinclinaban y aguzaban las orejas. Entónces propuse el guia que les dejásemos la rienda y siguiésemos la direccion que tomasen. Hicimoslo así, y á poco rato nos hallamos á orillas de un riachuelo que no estaba mas que á unas cuantas varas de distancia del paraje en que nuestros pobres animales lo habian advertido. Ninguna música, por melodiosa que fuese, me habia herido nunca con tanto placer el oído, como el murmullo de aquel arroyo, que nos daba aliento, esperanza y vida. Desde aquel punto el país tomó enteramente otro aspecto. Aparecieron con profusion aves de diferentes colores, flores de mil especies, el tamarindo, la palmera, el samerand, el papiro y todas las plantas del trópico. Por desgracia nuestros relojes y cronómetros se habian parado, por manera que no pudimos hacer ningún cálculo ni practicar observacion alguna.

Aun no habíamos hallado un ser humano en el viaje, no obstante de que los lazos que encontrábamos armados para la caza, nos anunciaban que era aquel un país habitado. Un día que habíamos tomado la delantera á los vagones, divisé detras de un horniguero dos caras negras que nos miraban con atencion; dimos espuela á los caballos para acercarnos á ellos; pero tomaron la fuga, y no fué sino despues de una corrida bastante larga que logramos alcanzarlos y traerlos hasta donde venia el bagaje, en donde el guia consiguió darme á entender por señas lo que estábamos buscando, que era el gran lago. Quedaron largo rato amedrentados; mas luego que vieron que no teníamos intencion de matarlos ni de comerlos, como se lo habian imaginado, nos dieron las señas que deseábamos, y vimos que estábamos mas cerca del lago de lo que podíamos figurarnos. Dijeron que solo distaba de allí diez soles; es decir, diez jornadas. Les dimos algunos abalorios y los despedimos. Aquellos regañillos produjeron un efecto mágico, porque al instante nos vimos rodeados de una multitud de indígenas, los cuales manifestaron que hacia dias tenían noticia de nuestros movimientos sin que nosotros lo supiésemos.

Por fin llegamos al lago tan deseado, objeto de nuestras investigaciones. Frondosas islas, abundantemente pobladas por una raza de color bastante oscuro adornaban su dilatada superficie, y sus orillas estaban igualmente pobladas de habitantes. Los indígenas se asustaron al vernos, mas luego que se hicieron cargo de nuestros equipajes (los vagones) se fueron acercando á nosotros poco á poco, pero con

precaucion y armados de piés á cabeza. Al pronto creyeron que el caballo y el jinete no formaban mas que una pieza, á manera de unos centauros; pero pronto quedaron desengañados al ver que echábamos pié á tierra.

Nos preguntaron que cuántos hijos queríamos que nos diesen, y de aquí inferimos que la mano bárbara del pirata habia penetrado en otro tiempo hasta aquel paraje. Al pronto no pudimos decidir á los isleños del lago á que se comunicaran con nosotros; de suerte que tuvimos que enviarles muchas embajadas antes que se resolviesen á salir de sus islas. Al fin vimos una multitud de canoas llenas de hombres armados que venian hacia la costa. Creían tambien que habíamos ido allí para arrebatar sus hijos; tanto que no los hicieron salir del paraje en que los habian ocultado, hasta que vieron que realmente no era esta nuestra intencion. Considerando que éramos unos dioses, quisieron adorarlos. Mi compañero, que era un misionero protestante, les habló de Dios, del cielo, y procuró darse á entender por medio de varios dialectos africanos que habia aprendido; pero estaban distraidos en mirarnos para atender á lo que se les decia. Lo que me llamó principalmente la atencion, fué que los isleños y los habitantes de las orillas del lago forman dos castas muy distintas, tanto por la fisonomia como por el lenguaje. Las facciones de los unos son regulares, y las de los otros son parecidas á las de los negros de Mozambique.

Por la parte del Nordeste hay un caudaloso rio que desagua en el lago. Los indígenas nos refieren que el Grande Espíritu que preside el curso de aquel rio, mata un hombre cada año y lo arroja en él, lo cual acelera la corriente y hace que el lago salga de madre. Esta leyenda nos hizo comprender que habia anualmente una inundacion. Tambien nos hablaron de una cordillera de montañas que está á la otra parte del lago á siete jornadas de distancia: decian allá en su lengua, que son tan altas que llegan hasta las nubes. Serán quizás los montes de la luna. Las canoas de aquellos isleños estaban tan groseramente construidas, que no pudimos valernos de ellas para explorar el rio, el cual creemos tenga alguna referencia con el Nilo blanco. Aquellos habitantes me parecieron ser una casta de hombres sencillos, apacibles é inteligentes. Procuramos del mejor modo que nos fué posible inculcarles la idea de un Ser supremo, y la aceptaron con diligencia.

Deseando volver á la colonia para adquirir una canoa y los instrumentos necesarios para continuar nuestras investigaciones, nos despedimos del gran lago y de los indígenas, prometiéndoles volver al año siguiente cuando iríamos á visitar al Grande Espíritu del rio.

SUPPLICIO DE MARIA STUARDO.

..... Éran las nueve cuando la reina se presentó en el fúnebre salon. Flechter, dean de Peterborough, y otros muchos personajes, cuyo número pasaba de doscientos, se hallaban allí reunidos. El salon estaba cubierto de paño negro, y el caldoso, levantado á dos piés y medio del piso, solo presentaba un manto de tejido negro de Lancaster: el sillón en que Maria debía sentarse, el recriminatorio donde no tardaría en orar, y el tajo en que iba á reclinar su cabeza, aparecían asimismo forrados de terciopelo negro.

La reina vestía de luto, lo mismo que la sala y todos los preparativos hechos para su suplicio. Precedíala el scheriff, los condes y nobles de Inglaterra, y la seguían dos de sus damas y cuatro oficiales de su casa. Su paso era firme y ma-

1 La familia de las pandanaceas se halla dividida en tres grupos, á saber: las pandanaceas, las freiciestias, y las ciclanteadas.

Las cañas de estas plantas mosocotiledonias, y que no crecen apenas sino en las cercanías de los trópicos, toman formas altas ó enanas, que se arrastran ó se levantan como los reptiles, cuya corteza se parece tambien á los numerosos anillos de estos. Las hojas largas, estrechas, cortantes ó ribeteadas de puntas agudas, se reúnen en tripletes espirales á la estremidad de las ramas. Las flores se hallan dispuestas en torno de un eje que lleva separadamente los pistilos y los filamentos en algunas especies, que en otras los reúne. La espiga floral protegida por una cubierta colorada se cambia en un grupo de simiente ó de fruto.

jestuoso: levantó un instante el velo, y su rostro, en el cual brillaba una esperanza que no pertenecía á este mundo, apareció radiante y bella, como en los hermosos días de su juventud. Llevaba el rosario en una mano y un crucifijo en la otra. No bien hubo llegado á cadalso, cuando tomó asiento en el sillón que se le había preparado.

Escuchó tranquilamente su sentencia, y solo dijo, despues que Beale acabó de leerla:—Señores, he nacido reina de Escocia, he sido reina de Francia, y tenia derecho á ser reina de Inglaterra. He permanecido presa muchos años contra toda ley, á pesar de tantos títulos, y he sufrido horribles penas durante mi cautiverio. No me acuerdo sin embargo de mis males, á nadie aborrezco; por el contrario, doy gracias á Dios por los trabajos que me ha enviado en su justicia. Me tengo por dichosa, porque me concede esta ocasion de morir en expiacion de mis pecados, y de declarar ante esta asamblea que estoy inocente de toda trama contra la vida de la reina de Inglaterra.»

Diciendo esto se hincó de rodillas y oró: despues de haberse levantado, quiso el verdugo quitarla el velo; pero ella le contuvo, rechazándole con una mirada, y volviéndose hácia los condes dijo ruborizada:—«Nunca he acostumbrado desnudarme en presencia de tanta gente, servida por semejantes ayudas de cámara.»

Llamó en seguida á Juana Kennedy y á Isabel Curle, y estas le quitaron el velo, sus cadenas de oro y sus cruces. Quisieron desabrocharla; pero ella les dijo que la aflojasen únicamente el corsé y bajasen el cuello de armño, á fin de dejar el pescuezo libre para el hacha del verdugo. Sus damas cumplieron con estos tristes deberes, derramando abundantes lágrimas. Melvil y los otros tres oficiales lloraban tambien; pero Maria puso un dedo en la boca para recomendarles el silencio.—«Amigos míos, les dijo: he respondido de vosotros; no me amilaneis. ¿No deberias, por el contrario, bendecir á Dios, porque inspira á vuestra señora valor y resignacion?»

Subyugados por el acento de Maria Stuardo, los mismos ejecutores la pidieron perdon de rodillas.—«Os perdono pues, contestó, para que el Redentor del mundo me perdone.»

Acto continuo arregló el pañuelo bordado de palmas de oro, y mandó á Juana Kennedy que la vendase los ojos. Se arrodilló de nuevo é inclinó la cabeza sobre el tajo. En esta actitud suprema recitó algunos versículos del salmo lxx.—«Señor, me volveréis á la vida; me sacareis del fondo del abismo...» Al llegar á estas palabras, y cuando empezaba, bajo el brazo del ejecutor, una oracion que debia concluir en el seno de Dios, descargó el verdugo el primer golpe. El hacha, en vez de caer sobre la juntura del pescuezo, cayó sobre la nuca. La reina lanzó un sordo grito, al cual respondieron los sollozos de todos los que asistian á tan terrible escena. Turbado el verdugo por la emocion general, avergonzado de su torpeza, y sacando de su mismo aturdimiento un vigor tardío, cortó la cabeza al segundo golpe.

Toda la asamblea quedó petrificada de horror, y solo interrumpieron aquel tristísimo silencio los sollozos de los fieles servidores de la infortunada reina de Escocia.

REMEDIÓ CONTRA LA HIDROFOBIA.

Hemos visto la siguiente carta, que debemos hacer conocer á nuestros lectores.

«Conozco un remedio eficaz contra la hidrofobia, aun cuando se administre despues de los primeros accesos: el éxito está garantido por una experiencia de mas de nueve

años, y acudo á las columnas de vuestro periódico para que llegue á noticia de todo el mundo.

«Inmediatamente despues de recibir la mordedura del perro, conviene lavar la herida y las partes vecinas con leche de vaca hirviendo, al ménos durante nueve días. La cauterizacion por medio del hierro candiente ó el nitrato de plata, no ofrece suficientes garantías, porque no ejerce su accion sino sobre la parte lastimada, y la baba depositada á su alrededor infiltrándose poco á poco, puede ella sola determinar la hidrofobia. Es mas seguro lavar la llaga con lo que llevo dicho. Se tomará igualmente todas las mañanas en ayunas, y tambien por espacio de nueve días, un vaso tibio de la siguiente pocion:

Treinta grammas de raíz angélica en polvo.
Treinta de raíz de genciana en polvo.
Treinta de triaca fina de Venecia.
Quince de asafétida bien machacada.
Quince de ostra de mar en polvo.
Cuarenta de raíz de escorzonera.
Dos onzas de tallos frescos de ruda.
Veinte grammas de sal marina.
Una cabeza de ajo magullada.
Tres cabezas de puerros con su tallo.
Dos cebolletas.
Una onza de margaritas.

«Todo esto se hace hervir con cinco cuartillos de vino tinto (lo mejor que se pueda hallar) en un puchero nuevo, tapado, hasta que quede reducido á la mitad: luego se ha de pasar por un tamiz, y se puede conservar nueve días en botellas tapadas.

«Los temperamentos delicados arrojan algunas veces el remedio los primeros días; pero el estómago llega á acostumbrarse y esto no obsta en nada á su eficacia.

«Hace 50 años que conozco esta receta, que he leído en una coleccion de remedios de la piadosa y célebre Mme. Fouquet de Montpellier. Apenas no hay noticia de que ese remedio, que se usa desde hace dos siglos, haya dejado de producir su efecto. Durante los diez últimos años, le he administrado mas de 20 veces á personas de ambos sexos, y siempre he obtenido un éxito completo.

«Cuando el paciente es de ménos de 10 años, tomará solo medio vaso; tres cuartas partes hasta los 20, y uno los de mas edad.

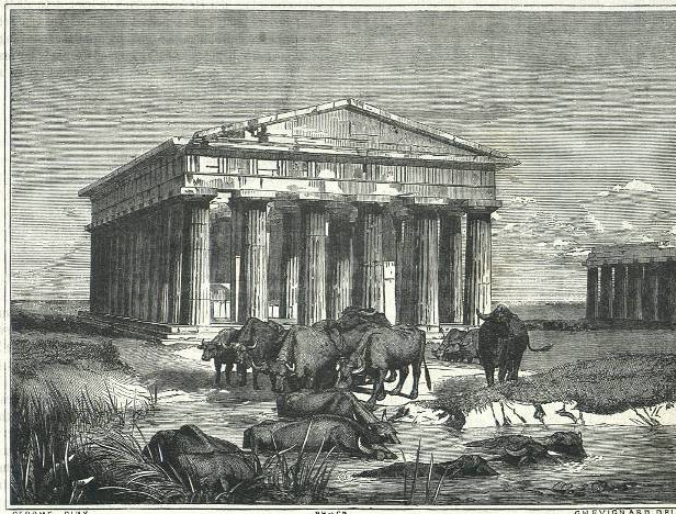
«Deseo dar la mayor publicidad á este remedio, no por un interés de amor propio, pues que yo no he sido el inventor, sino en el interés de la humanidad y por evitar á las familias y á las personas acometidas de esta horrible enfermedad, los atroces padecimientos que produce.»

POESTUM.

En la campiña ilustrada aun por las hermosas ruinas de Postum, no se ven ya aquellas verdes sombras, aquellos floridos bosques, donde pasaban su afeminada vida los sibaritas. El aspecto general de la comarca es ménos agradable que severo. Sin embargo el arduo trabajo de los labradores no ha permitido que se transforme en un desierto aquella parte mas fértil del territorio; se coge algun trigo y algunas frutas, pero desgraciadamente las inundaciones anuales del río Salzo ó Salza dejan en muchos puntos grandes pantanos que producen fetidas exhalaciones. «Allí se alimentan búfalos, dice un viajero contemporáneo, y en vez de las perfumadas rosas que crecían en las cercanías de la antigua Postum, ya no se encuentran mas que juncos.» El mismo autor se queja de la importunidad de los pastores, que persiguen á los es-

rangeros ofreciéndoles á precios exorbitantes lámparas ó figurillas de barro que ellos llaman antiguas, las cuales, segun parece se fabrican en Nápoles. «Esta industria tan poco cal no es solo propia de los campesinos de Postum: mas de una vez han sido victimas de ella los viajeros tanto en Puzozos como en Pompeya.

Las ruinas de Postum consisten en varios muros y tres templos, de los cuales el mayor se hallaba dedicado á Neptuno. El agradable cuadro en que M. Gerôme ha mezclado tan hábilmente la realidad actual con los hermosos recuerdos del arte griego, es una de los lienzos que mas llaman estaño la atencion en la Exposicion de cuadros del Louvre.



GEROME PIAIX

1864

CHEVIGNARD DEL.

Una vista de Postum por M. Gerôme.

GRAZIELLA.

POR

M. A. DE LAMARTINE.

(Veanse las p. 181, 188, 194, 202, 213, 217, 226, 234 y 245.)

Y qué corazón tierno y naciente no la habria amado? su hermosa parecia desarrollarse de la mañana á la noche con su amor. No crecia mas, pero se iban completando todas sus gracias; gracias, ayer de niña, hoy de jóven ya crecida. Sus formas esveltas se transformaban á la vista, tomando los suaves contornos de la adolescencia: su estatura no perdía nada de su elasticidad al tomar aplomo; sus hermosos piés descalzos no marchaban con tanta ligereza sobre la tierra, sino que se arrastraban con esa indolencia y esa languidez que parecen imprimir á todo el cuerpo el peso de los primeros pensamientos amorosos en las mujeres; sus cabellos renacían con la savia fuerte y abundante de las plantas marinas, bajo las tibias alas de la primavera: yo me divertía muchas veces en medir lo que crecían estirándolos arrollados en un dedo sobre los galones de su corpiño verde; su piel se ponía blanca y encarnada á la vez, parecida al rosado

polvillo del coral, que polvoreaba diariamente las puntas de sus dedos, y por último sus ojos se ensanchaban y se abrían de día en día, como para medir un horizonte que se le hubiese presentado de repente. Era la sorpresa que siente Galatea bajo el mármol á la primera palpacion de la vida. Involuntariamente tenia conmigo un pudor y una timidez de acitad, de miradas y de ademanes que hasta entónces nunca habia tenido. Yo, que lo notaba, me quedaba silencioso y trémulo á su lado: habriase dicho que éramos dos culpables, cuando éramos solo dos criaturas muy afortunadas.

Y sin embargo hacia algun tiempo que bajo esa felicidad se ocultaba ó se revelaba un fondo de tristeza. Ignorábamos porqué, pero el destino lo sabia: era el sentimiento de los pocos días que debíamos pasar juntos.

Muchas veces Graziella, en vez de ponerse á trabajar alegremente, despues de haber vestido ó peinado á sus hermanitos, se quedaba sentada junto á la pared de la azotea, á la sombra de las grandes ramas de una higuera que subía hasta lo alto de la misma azotea. Allí permanecía como inmóvil, con los ojos distraídos, perdiendo mañanas enteras. Cuando su abuela la preguntaba si estaba enferma, respondía que no, pero que estaba cansada ántes de haber empe-